

La condesita, cuyas miradas se habían cruzado con las de Solignac, se preguntaba:

—¿Qué significa esta consternación?

Mientras tanto el señor de Saint-Cyr había ido en busca del director de escena.

—¿Se vuelve á tratar de divorcio en vuestra maldita pieza?

—¡Pero si el divorcio es el argumento de este *vaudeville!*

—¡Ah! ¡qué torpe soy! ¡Cortad! ¡cortad! ¡que no se hable más de divorcio!...

Luisa supo en seguida que cayó el talon, por qué el emperador había parecido tan descontento y Josefina tan desgraciada. Se trataba entre ellos de divorcio y el pretesto dado por Napoleón era precisamente la necesidad de *sucesores* de que en tan mala hora acababa de hablar Brunet.

—Napoleón debe estar furioso— se decía la condesa.—¿Será hábil ni siquiera prudente hablarle hoy mismo del comandante Riviere?

Titubeó por un momento; pero una confianza secreta y la prisa que tenía por decir á Solignac: vuestro hermano está salvado, le hizo arriesgar la partida.

El emperador se había retirado á uno de los salones del príncipe de Neufchatel, no queriendo sin duda marcharse despues del efecto detestable que había producido en el auditorio semejante comedia.

Sentado en un canapé, hablaba, dando á su fisonomía, evidentemente contraída, una expresión de calma ficticia.

Josefina estaba junto á él. Ignoraba todavía los proyectos del emperador pero le temia. Napoleón halló, no obstante, una sonrisa agradable cuando vió á Luisa de Farges, que, turbada y casi temblando, se dirigia hácia él. La joven estaba encantadora con su manto de corte, su toca adornada con tres plumas blancas, colocada sobre sus rubios cabellos, y su largo trage brochado, que apenas dejaba ver la punta de un zapato de raso blanco.

El emperador, á pesar de su disgusto, dirigió con agrado la palabra á su «condesita.»

Le gustaba mucho mezclarse en los asuntos ajenos, y entonces descubria bruscamente y sin ambages su objeto.

—Y bien, condesa, ¿la viudez no os es pesada? ¿No hay en mi ejército hermosos oficiales que se considerarían felices disputándose vuestra mano?

Luisa estaba muy pálida y trataba inútilmente de sonreirse.

—Ya sabéis cuál es mi modo de pensar,—prosiguió el emperador.—No me gusta que una mujer bonita como vos, deje de dotar á su marido, de hermosos hijos, robustos y útiles al Estado.

Entonces la condesita se ruborizó, el borde de sus preciosas orejas tomó el color de las cerezas, y Josefina fué la que se puso lívida cuando Napoleón continuó:

—Una mujer sin hijos me hace el efecto de un soldado que deserta.

Quizás no se daba cuenta del horrible sufri-

miento, que con aquellas palabras, causaba á la emperatriz.

—¡En fin, resumiendo, casaos, condesa!

—¿Es una orden, señor?

—Es un consejo.

—Vuestra majestad es demasiado bueno y si lo permitiera...

Luisa se detuvo; sentia latir sus arterias y sus pulsaciones eran de fiebre.

—¡Y bien!—preguntó el emperador,—¡deciais!

—¡Queria, señor, pidiros una gracia!

—¿Vos?

Habíase levantado y paseaba lentamente.

Luisa le seguia.

Nunca he solicitado nada de vuestra bondad, señor; pero esta vez la súplica que me atrevo á dirigiros es ardiente, indiscreta... desesperada.

El emperador frunció las cejas.

—Veamos, ¿de qué se trata?

—¡De un militar, señor!

—¿De un militar?—dijo Napoleón con ironía.

Luisa adivinó su pensamiento.

—Sí, señor, de un militar valiente que ha servido bien á su país, pero á quien una pasión indómita ha hecho faltar á su deber... Dispensad que una mujer se atreva á hablaros de un hombre cuyo destino pende de vuestra justicia... Pero si vuestro papel, señor, es ser grande, pensad que el nuestro, pobres mujeres, es el de suplicar... Vos teneis la costumbre del poder, nosotros la de la compasión... Perdonadme, señor, y escuchadme.

El emperador al principio, estuvo decidido á

contestar, con un gesto, que no podia ó no queria escuchar nada; pero el acento de Luisa le conmovió. La condesita tenia realmente un poder particular sobre el dueño del mundo.

—Vamos, hablad pronto. ¿Qué ha hecho vuestro militar?

—Lo que ha hecho, señor, no me atrevo á decirlo.

—Entonces es inútil que me habéis de él.

—Pues bien, ha conspirado...

—¡Ah! ¡bah!—dijo el emperador.—En ese caso, tanto peor para él.—No me gustan los revoltosos y agitadores, ya lo sabeis. ¿Qué es vuestro conspirador? ¿Qué empleo tiene?

—Señor, ha llevado las charreteras de comandante.

—¿Y las ha deshonrado tomando parte en una conspiración? Apuesto á que es uno de esos caballeros á quienes he colmado de favores, á los que permití en Marengo formar un regimiento de húsares de ocho escuadrones y llevar en lugar de la escarapela tricolor los colores de su uniforme; ¡escarapela amarilla y azul! He sido demasiado bueno. Todos esos chisgarabís, exceptuando Segur, Piré, Flahaut y Turenne, me han recompensado insurreccionándose contra mí. ¡Les he dado grados, y me han devuelto injurias! ¿Es al menos conde ó marqués vuestro comandante?

—No, señor; el comandante para quien os pido el indulto, ha conspirado, porque es republicano.

Napoleón pareció asombrado.

—¿Tratais ahora á los jacobinos?—la preguntó.

—Yo hago en mi humilde esfera lo que debe hacer un soberano, señor—repuso con risueña firmeza la condesita;—dejo que se acerquen á mí todos los hombres de corazón.

—¡Oh! ya sé que teneis talento.

—Y que os soy adicta, señor.

—Lo que no os impide defender á mis enemigos.

—Yo no defiendo, suplico.

—Entonces decid de una vez que es un fladelfo vuestro comandante.

—Lo ignoro, señor; sólo sé que es un proscrito y un buen militar.

—¿Un amigo de Oudet y de Malet?

—¡Tampoco lo sé; pero estoy segura de que es amigo de su país, señor!

—¡Ah!—dijo Napoleon con mal humor;—¡mucho le defendeis, y, no obstante, debéis saber que no me gustan los indisciplinados!

—Lo sé, señor; pero permitidme que os diga, y por ello os pido me dispenseis, que la clemencia es una virtud que desarma hasta el odio; dejadme murmurar á vuestro oído como una plegaria que la vida de un desgraciado, oculto en un rincón de París, importa poco á vuestra seguridad, y que su muerte empañaría—perdon, señor—vuestra gloria presente... No veáis en mi súplica más que la prueba de una admiración profunda y de una fidelidad absoluta, y conceded á una mujer que, hasta ahora, nada ha solicitado de Vuestra Majestad, el indulto de un

hombre que, perdonado por Vuestra Majestad, tiene un corazón bastante recto para no volver á conspirar contra vuestra persona!

—¿Habeis visto representar *Cinna*?—dijo el emperador.—¡La clemencia de Augusto!

—Pues bien, sí, señor—dijo Luisa, tratando de sonreír.—¡Escuchad á Corneille, si no queréis escucharme á mí!

—El caso es que esas comedias valen más que las de Brunet—murmuró Napoleon.

Y permaneció por un momento en silencio.

—¿Vuestro comandante está en lugar seguro?—la dijo.

—Sí, señor.

—¿Y conocéis su retiro?

—No, os juro que no....

—Creo adivinar su nombre. El duque de Otranto me tenía al corriente de los sucesos parisenses, y, desde Schoenbrunn, seguía todo lo que pasaba aquí. Es del comandante Riviere de quien se trata.

—Sí, señor,—contestó,—Luisa con voz firme.

—Un hombre valiente, en efecto. ¡Que el diablo se lleve sus ideas del año II! ¿Acaso no ha cambiado todo desde hace quince años? Pero en último resultado, prefiero á un Jacobino insurrecto, á un monárquico sometido y descontento. Id mañana á las Tullerías condesa, y verémos.

—¡Ah! ¡señor!

El emperador detuvo en los labios de la condesa las frases de agradecimiento y efusión.

—¡Oh! aun no estoy decidido;—dijo el emperador con voz breve.

—Si vuestra majestad no consulta más que á á si mismo, estoy tranquila—repuso la condesa.

—¡Ah, qué ladina sois!—dijo el emperador.

Solignac quedó muy satisfecho cuando la señora de Farges le dió cuenta del resultado y de los incidentes de la entrevista. No dudaba del indulto final, y consideraba ya como salvado al comandante.

Luisa de Farges habia tenido la fortuna de llegar á tiempo y hablar al emperador en el momento en que una prueba pública de magnanimidad podia ser útil al imperio. Napoleon no ignoraba el efecto deplorable que habia producido en el ejército la muerte dramática y misteriosa del coronel Oudet. Quería borrar aquel recuerdo, y se le presentaba justamente la ocasion de parecer clemente y conceder un indulto. Claudio Riviere era muy querido y más conocido y apreciado de lo que podia esperarse, dada su graduacion. El político corso, que ocultaba la habilidad y los furios meridionales bajo el manto de César, aprovechó el pretexto que le ofrecia la condesita para perdonar la vida á un enemigo.

Al dia siguiente entregó á Luisa de Farges el indulto del comandante Riviere.

—No le pido más que una cosa—dijo—y es que se haga olvidar.

—¿Y si solicita el derecho de luchar por su país?

—Veremos—repuso Napoleon.

Solignac estaba loco de contento, llamaba á Luisa «su buena hada» y se dirigió en pleno dia

á la casita del almacén de maderas de la calle Neuve-Saint-Jean, y llamó alegremente, como quien lleva una buena noticia. Un doble pensamiento cruzó por la mente de Claudio Riviere. Creyó al principio que iban á prenderle; pero se dijo en seguida que, por fin, habia llegado la hora de la lucha por el derecho. Abrió dudando si iba á encontrarse cara á cara con el peligro ó con el deber y se encontró ante la clemencia.

El comandante se puso horriblemente pálido cuando Solignac le dijo, que, por la voluntad del emperador, se hallaba en libertad.

—¡Libre, yo!—dijo.—¡Libre por él! Lo rehuso.

Estas fueron sus primeras palabras pronunciadas con firmeza, como si el perdón del César fuese un insulto.

—¿He solicitado acaso de él otra cosa que la lucha á cielo descubierto y jueces?

—No por cierto—dijo Solignac.—Pero ¿podeis rehusar el derecho de ir y venir, de respirar, de volver á ver á los que os aman—bajando la voz añadió—y de castigar á los que os han engañado.

Los negros y tristes ojos de Riviere se enfurecieron como si hubiera visto pasar la silueta del marqués de Olona.

—Movié bruscamente la cabeza:

—¿Puedo acaso recibir un favor del hombre á quien aborrezco?

—¿Os pide alguna abdicacion, alguna apostasia ó alguna cobardía? ¿Impone alguna condicion á vuestra libertad? No. Pues admitidla y volved á la vida que tiene tantos deberes y tan

varoniles tristezas para poner á prueba un alma elevada.

—¿Y cuando mis compañeros vengan á decirme que combata al emperador que hoy me da la libertad, qué les contestaré?

—¡Interrogareis vuestra conciencia y la obedecereis!

—¡Mi conciencia me manda que rehuse la libertad concedida por semejante mano!

En el momento en que iba á responder, Solignac oyó llamar despacio á la puerta de la casa; los golpes eran prudentes, inciertos y temerosos.

—¿Quién va?—dijo el coronel.

—Mi padre sin duda; conozco su manera de avisar.

Era, en efecto, el anciano. Abrazó á su hijo, saludó al coronel, y de los grandes bolsillos de su casaca azul sacó unas pastillas de chocolate, que colocó sobre una mesa.

—Mira, hijo mio, esto es para tí. Son excelentes. Te gustaban mucho cuando eras pequeño. ¡Tenia hoy una prisa por verte á ver! ¿No te acuerdas? ¡Es el aniversario de la muerte de tu hermanita, nuestra Juanilla, tan linda! Se parecia un poco á tí... cuando niño, se entiende... ¡Ah, Dios de Dios! ella no se hubiese dejado arrastrar por esos demonios de complots que... que no digo más... ¡Eso es cuenta tuya! ¡Pero no deja de ser duro para un pobre viejo tener que ir á ver á su hijo encerrado como si estuviese prisionero!

Solignac, en cuanto el buen hombre entró, re-

flexionó que el padre podría tal vez decidir al hijo á que aceptara la libertad ofrecida.

—¿Cómo prisionero?—dijo alegremente.—¿Qué estais hablando de prisionero, señor Riviere? ¡Aquí no hay ningun prisionero!

Claudio hizo un movimiento de desagrado, que Solignac fingió no haber visto, y el pobre Juan Riviere se quedó más blanco que el cuello de su camisa.

—No he comprendido bien, coronel—balbuceó.

—Pues bien, señor Riviere, la noticia del día es esta: el emperador ha decidido que la instrucción empezada contra cierto comandante detenido hace algunos meses, se termine por un sobreseimiento.

—¿Sobreseimiento?... ¿Qué significa esto?—preguntó el ex-mercader de paños.—¿Quereis decir que hay alguna esperanza?

—Eso quiere decir que el comandante Riviere está libre.

—¡Libre!... ¿Estás libre?—dijo el pobre padre volviéndose hácia su hijo.—¿Es cierto?... ¿Es de veras?... ¡Ah! mis piernas no quieren sostenerme. Una silla, coronel... Gracias. Ya no valgo nada. Soy un viejo cascajo.

Y al decir esto lloraba y reía al mismo tiempo.

—¡Libre? ¿Enteramente libre?... ¿Y no me lo has dicho en cuanto he llegado? ¿Por qué?... ¡Libre! Entonces vente. ¡Se ahoga uno aquí! ¡Ven, pronto, ven! ¡Ah! ¡pardiez! ya me encuentro mejor. ¡Ven, Claudio mio, ven! Soy capaz de andar cien leguas con tal de salir de aquí.

El comandante está en libertad—añadió Solignac—pero rehusa aceptarla de manos del emperador.

—¿Que rehusa? ¿Cómo es eso? ¿Estás loco muchacho? Te dicen que todo ha concluido, que ya no tienes que temer ni jueces ni verdugo y quieres...

—No podeis comprender lo que yo quiero—dijo Claudio.

—¡Es cierto!—dijo el buen Riviere—tienes razon. ¡Soy tan tonto! ¿Quieres hacerte el Caton y refugiarte en tu dignidad? ¿Sabes lo que es eso? Pues bien, eso es maldad. Es un modo como otro cualquiera de dar de puñaladas á tu pobre padre que no tiene nada que ver con tus sueños politicos... ¡Negarte á que yo viva! ¡Rehusarme un poco de alegría, á mí, que tan poca he tenido en este mundo! ¡A eso le llaman un gran carácter!... Pero no comprendes que la pena me está minando, querido Claudio mio, y que si quieres besarme y amarme ya no te queda mucho tiempo... ¡Te figuras que todo lo que está sucediendo no me produce ningun efecto! Arrestos, evasiones, escondites... Eso es demasiado para mí y me consume y me mata.

Vamos, mi querido Claudio, siempre he sido, ¿no es cierto? un buen padre para tí. Pues bien haz algo por mí. ¡Vente conmigo, quiéreme! Mira, necesito tu presencia, como tu necesitabas cuando eras pequeño de la leche de tu madre, de mi pobre Susana. ¡No me apresadumbres ni me mates! Puesto que te indultan, acepta... por mí.

—¡No sabeis lo que me pedis, padre mio!

—Ya sé, ¡pardiez! que te pido un sacrificio, pero ¡caramba! tambien los hice yo por tí cuando naciste y te criaste! Soy un usurero, que vengo á reclamar mi deuda. ¿Dime si tengo ó no derecho á ello? Claudio, mi buen Claudio, mi grande y generoso Claudio, vamos, escúchame, salgamos de aqui! ¡Tengo un afán de verte libre!

—¡Pues bien, haré lo que desais, padre mio,—dijo Riviere,—pero decid al que me ha indultado, coronel, que esta libertad no la acepto, que la recobro, y que si obedezco á las súplicas de mi padre, cumpliré tambien el juramento que presté á mis amigos!

—¿Qué juramento?—preguntó Juan Riviere.

Solignac empujó al buen hombre en brazos del comandante.

—Vamos—se dijo,—poco importa con tal que hoy ceda que se reserve el derecho de combatir mañana. Claudio Riviere está en libertad, y conseguido esto tiene dos medios de salvacion: su odio á Agostino y su amor á Teresa.